

personajes poderosos, de algunos sobre todo que no habían intervenido en los asuntos de la Iglesia, ni en los peores tiempos del nepotismo: hasta allí habían llegado los mezquinos celos de otra Orden, y el odio ciego de un Prelado que no podía perdonar el haberse engañado la primera vez.

Aquellas recriminaciones brotaban de los labios y de la pluma de aquellos desgraciados Religiosos, pero de los de nuestro Santo, jamás. Trabajaba para calmarlos exhortándolos á la constancia, y prometiéndoles, si eran fieles, un porvenir feliz. Es imposible encontrar en él una sola palabra de queja contra sus perseguidores: rogaba por ellos más que nunca, era su única venganza; fué inmensa, y duró hasta la muerte. Además, y ya hemos dicho que no queremos formar nuestro Santo á nuestro gusto, le dejaremos hablar á él mismo, es el único medio de leer en el fondo de su corazón. No pasará mucho tiempo sin que hable Dios por él, confirmando con innumerables prodigios el heroísmo de su paciencia.

Hacia tres años que no dejaba de animar á sus Religiosos á la constancia, durante lo que llamaremos agonía de su Instituto. Ahora que ha sido sacrificado, al parecer para siempre, muéstrase su confianza más firme que nunca. Al día siguiente del malhadado Decreto le escribía desde Florencia el P. Apa. «Recibo gran consuelo con las cartas de V. P., porque me promete que se propagará nuestro Instituto para gloria de Dios y utilidad del prójimo. A pesar de todo, aún piden aquí nuevas fundaciones de todos lados». Precisamente se había escogido aquel día 17 para la promulgación del Decreto.

En la tarde, se presentó en San Pantaleón, José Palamolla, Secretario del Cardenal Vicario; hizo reunir á todos los Padres en el Oratorio, y les leyó el Breve de supresión. Ante aquel golpe terrible que anunciaba la extinción total del Instituto el santo anciano dijo con el tono más tranquilo: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sit nomen Domini benedictum*; y dirigiéndose á los suyos, dijo: «Bendito sea Dios, dejemos obrar á Dios, y hagamos su santísima voluntad». Aquella misma tarde, con la tranquilidad de siempre, escribió algunas palabras á los Padres de Chieti, de Narni y de otras casas para donde había correo aquel día: «Se ha publicado hoy el Decreto del Papa nuestro Señor: se pasará una copia á Vuestras Reverencias para que conozcan todos el estado á que queda reducido el Instituto. Permanezcan todos siempre unidos á la Religión, y vivan en paz perfecta, esperando que el Señor lo ha de remediar todo». Al día siguiente escribió á Cárcare: «Salió por fin el Breve que expresa claramente la ruina de nuestro Instituto; mas espero que será tanto más exaltado, cuanto ha sido más humillado. Estamos sujetos á la Obediencia del Ordinario, y deseo que en todas las casas de esa provincia se observe más exactamente la Regla, que estén todos unidos, y que se vea en todas partes el amor que todos tenemos á la Sociedad». El 22 del mismo

mes escribió á Mesina: «El sábado último, 17, vino á comunicarnos el Breve el Secretario del Cardenal Vicario. Ordena que todas las casas de la Orden se gobiernen por sí mismas, y estén sujetas al Ordinario como la Congregación de San Felipe Neri. Si alguno de nuestros Profesos quiere pasar á otra Orden, *etiam ad laxiorem*, puede hacerlo. Se dará el hábito de sacerdotes seculares, y no se hará ningún voto. Ya no habrá ni General, ni Provinciales, y se vivirá conforme á la Regla que redactarán algunos Prelados de orden del Papa. Sean Vuestras Reverencias siempre los mismos en la enseñanza y en la observancia, y cuando reciban el Breve, ejecuten las órdenes de los Superiores. Dicen que todo esto es obra de otro Instituto, porque muchos de ellos habían anunciado en varias provincias la ruina no lejana de nuestra Orden. Dé Dios á VV. RR. su santa gracia, á mi paciencia, y á todos conformidad con su voluntad santísima».

Si era inalterable la paciencia de San José, ruda también era la prueba á que la sometían sus queridos hijos. No oía sino quejas, llantos y gemidos. Los que estaban presentes no sabían contenerse en sus recriminaciones; y los que estaban lejos pedían noticias sobre noticias, y era necesario comenzar las mismas explicaciones y las mismas recomendaciones para cada uno. Decíanle de Cagliari: «El P. Ministro está tan afligido que no puede tomar la pluma. Yo cumplo por él con estas cuatro líneas, porque la abundancia de las lágrimas me impide expresar todo el dolor que siento. Ah! Padre mío, destruir con tanta ruindad una Obra tan hermosa! No puedo decir más. Todo el mundo nos sostiene aquí, pero nosotros no sabemos qué partido tomar. ¡Ay! ¡qué mortificación tan cruel! Por amor de Dios, consuélenos V. P. con algunas palabras, porque en medio de tantas pruebas no encontramos consuelo sino en sus cartas. Otro escribía el 9 de abril: «¿Quién podrá expresar, Padre querido, el dolor, el fastidio y la vergüenza que nos deja nuestra desgracia? Creo que si no nos sostiene Dios, todos caeremos enfermos de pena. Después de tres años de sufrimientos considerad, Padre mío, el laberinto en que nos han encerrado esos buenos Padres, nuestros adversarios. Perdóne el Señor al que ha sido la causa de todos nuestros males: él se las verá con Dios y no con los hombres. Separados de un Padre tan bueno, como hijos pequeñitos, todos nos echamos á los pies de V. P. ¡Oh, Padre tiernamente amado! estamos tan afligidos, que ya no podemos más. Sólo Dios puede remediar nuestros padecimientos, pero pueden envanecerse nuestros enemigos de vernos en este estado. Es tan grande mi pena y tan fuerte mi dolor, que no me es posible escribir más. Querido padre, pida á Dios que nos consuele.»

No hemos citado más que los lamentos de los que estaban resignados. San José recibía otras quejas y hasta de personas extrañas, y el P. Capetti le escribía desde Nápoles el 7 de abril:

«Créanos V. P., toda la ciudad llora de compasión sobre nuestra desgracia.» Todo venía á parar al Santo, sus dolores propios y los dolores de los demás; entre tanto permanecía tranquilo en la Cruz de nuestro Salvador, consolando á todos con sus palabras y con sus ejemplos. Diez días después de la supresión le escribía desde Nápoles el P. Berro. «Sé que V. P. está completamente conforme con la voluntad de Dios, unido estrechamente á la cruz de nuestro Redentor: es el único verdadero consuelo que nos resta en el mundo.» De Varsovia le decían el 6 de abril, pues ya había llegado la fatal noticia: «No he pensado jamás en consolar á V. P. ante la cruel afrenta que acaba de recibir, porque conozco demasiado su conformidad con la voluntad de Dios.» Y de Norcia, el 29 de abril: «Hemos ido á visitar á nuestro nuevo Superior, el Obispo de Cenca: nos ha convidado á permanecer firmes, y á tomar por modelo á V. P. que en medio de penas inauditas permanece inquebrantable como una roca».

Y efectivamente, tenía penas inauditas nuestro Santo, y mucho más terribles que las que hemos visto hasta ahora. No tenían todos sus Religiosos la misma firmeza: ¡estaban tan trabajados! se les había hecho sufrir tanto durante tres años, que muchos se abandonaron, no diremos á la apostasia, puesto que ya tenían libertad, sino al desaliento, que es la plaga de las almas débiles, y que alcanzó aún á los Apóstoles durante la Pasión. Pero si había de resucitar la Orden, había de ser sólo con la constancia de sus miembros; mas no todos tenían bastante inteligencia, ó suficiente virtud para comprenderlo. Muchos se aprovecharon de la facultad que les daba el Breve para pasar á otras Ordenes, y muchos no lo hicieron sino porque tenían espíritu Religioso: no eran ya Religiosos, y querían serlo. A todas aquellas peticiones para salir contentóse José con escribir el 31 de marzo. «Permite el Papa á todos los que tienen patrimonio ó beneficio que vuelvan á sus casas, mas no lo permite á los sacerdotes». Muchos se aprovecharon de aquella libertad por motivos diferentes; unos por no ser los últimos en abandonar las Escuelas; otros para no ser señalados con el dedo, como últimos restos de una Religión que ya no existía; algunos por falta de espíritu Religioso, y, en fin muchos, empujados por los enemigos del Instituto. Estos les pagaban los gastos de los Breves de dispensa, como se ve por una carta del P. Berro: «Los Padres del Instituto contrario al nuestro, establecidos en Bruna, les han prestado dinero, y han escrito para hacer expedir los Breves: vemos en esto cuanto nos quieren.» DOSCIENTOS RELIGIOSOS salieron de esta manera, y la mayor parte de ellos para entrar en otras Ordenes.

Hacia más de dos años que no se recibían Novicios, con lo cual sufría no poco la Sociedad: las defunciones ponían el colmo á las angustias; había que pensar en cerrar muchas casas, porque todas estaban de la misma manera. No contentos aún el

Visitador y el P. Esteban con el mal que habían hecho mientras pudieron, aprovecharon del crédito que les quedaba para nombrar Superiores locales á los que habían salido por falta de espíritu Religioso, esto es, á los de su partido. Algunos de ellos se fueron definitivamente, robando y llevando consigo todo lo que había en los Colegios, sucediendo esto entre otras á las casas de Strasnitz y Mesina tan florecientes en otro tiempo. Dejó aquel ladrón esta última tan desprovista de todo, que la mañana de su marcha no había absolutamente nada para dar de comer á los Religiosos aquel día. Animados éstos del espíritu de su bienaventurado Padre, se reunieron en torno del más antiguo en la profesión, y llenos de firmeza y de confianza en Dios y en su Santísima Madre, deliberaron sobre los medios de poder vivir. Encargóse uno de proporcionar alimento; pero mientras estaban deliberando, llamó á la puerta del Colegio un venerable anciano, preguntando al portero por el Padre encargado de las provisiones: ¿«Quiere Vd. ver al Superior?» contestó el portero: «—No, respondió el anciano, sino al encargado de las provisiones». Corrió el portero á avisar á los Padres que estaban todavía reunidos. Salió el proveedor, y le dijo el anciano con gran afabilidad: «No dude jamás, Padre: tenga fe, y Dios no le faltará. Tome Vd. esto, pronto le traerán dinero, y jamás le abandonará Dios». Le entregó cuatro escudos. Quiso el Padre agradecerle y acompañarle, pero desapareció, y no lo vió más el portero. Volvieron á los Padres, describieron su porte, su semblante, su mirada, y no había duda: cuantos habían visto á su venerable Padre, le reconocieron al punto, y viendo después su retrato el Padre proveedor, no pudo ya engañarse: era el mismo José el que les había socorrido en aquel apuro. Pasados algunos días, les dieron cincuenta escudos, como le había dicho su buen Padre. «Es verdad, escribía el P. Chiara, Religioso de aquella casa, es verdad que hay que creer que cuando vivía, le manifestaba el Señor el estado de las cosas y de sus queridos hijos, para que pudiera ayudarles y socorrerlos. Tenemos una prueba en las cartas que escribió, donde se ve claramente que no se le ocultaba el estado de sus hijos en aquellos tiempos de desventura. Les infundía valor, les decía con todos los permores todo lo que le era necesario, y los exhortaba á todos á no dudar, porque había de llegar el día en que concluirían aquellas tribulaciones.»

Tantas virtudes y tantas gracias aumentaban entre sus hijos y entre los extraños la estimación que sentían por aquel venerable Padre. Tenían á dicha el haberle visto y el haberle oído. Traían á cuento los recuerdos de lo pasado, felices por haber tenido alguna relación con él. Escribía un día el P. Berro: «Ha venido el Almirante con el Prior de la Rochela, Caballero de Malta. Tiene en gran aprecio nuestra Religión; está orgulloso de haber asistido á la vestición de V. P., y de haber ayudado al Cardenal Giustiniani á ponerle el hábito.» Era dulce re-

»cuerto de un pasado lleno de esperanzas; pero ya no existía.  
 »La duquesa de Turín pide las oraciones de V. P. por su marido  
 »que está enfermo. Nos ha escrito la adjunta carta, pidiendo que  
 »le conteste V. P.» Contestóle San José que no tuviera pena, que  
 no quedaria viuda, porque su marido sanaría; que le había en-  
 viado Dios aquella prueba para corregirle de algunas faltas que  
 le señalaba detalladamente. En el momento más crítico, había pe-  
 dido la Duquesa á los Religiosos Escolapios de Bisignano que al-  
 ternasen de dos en dos al lado del moribundo. Llegaron al mis-  
 mo tiempo que la carta del Santo, y contentísima la Duquesa  
 los introdujo en la cámara en que agonizaba su marido. Mientras  
 estaban de rodillas los Padres, leyéndole la recomendación  
 del alma, dijo la Duquesa en alta voz á su marido: «Han lle-  
 gado los PP. Escolapios». A aquellas palabras salió de su letar-  
 go, se volvió para verlos, experimentando al mismo tiempo una  
 crisis violenta, seguida de un sueño benéfico. Cuando se des-  
 pertó, estaba enteramente sano. Habiéndole leído su esposa la  
 carta, se resolvió al punto á curar su alma. Tuvo lugar este mi-  
 lagro el 2 de abril, diez y nueve días después de la supresión  
 de la Orden: era el principio de los grandes prodigios que se su-  
 cedieron en los últimos tiempos de su vida,

Habiendo salido los Religiosos débiles ó relajados, no que-  
 daba más que la flor de la Sociedad. Conociendo algunos de  
 aquellos la santidad de su Padre, no quisieron abandonarle,  
 porque había prometido una próxima resurrección. Y como ten-  
 nían presente su espíritu de profecía, le suplicaban que les diese  
 perseverancia. El 29 de marzo le escribía de Pésaro un Padre.  
 «Mis parientes me obligan á no volver más á las Escuelas: vol-  
 »veré, si V. P. me asegura que será restablecida nuestra Orden:  
 »si no, me quedaré entre ellos» Contestóle José el 10 de abril:  
 »Tenga valor V. R., no crea lo que dicen algunos espíritus mal  
 »intencionados, y esté seguro de que el Instituto quedará en  
 »pie.» Veinte días después volvía á hacer la misma afirmación:  
 «No puede creerse que no se levante nuestra Religión destruida  
 »del modo que solo Dios sabe. Con la ayuda del Señor ha de to-  
 »mar mayor vuelo, y creo que no tardará mucho tiempo; pero  
 »hay que tener valor en medio de esta prueba que nos envía  
 »Dios para conocer á los que le sirven con amor. Los que per-  
 »severen, verán cómo les ayuda el Señor.» Ya estaba seguro  
 Penazzi por la primera carta, como escribe él mismo al Padre:  
 «La carta de V. P. me ha dado á conocer la esperanza que tiene  
 »del restablecimiento de nuestra Orden: con ella he visto avi-  
 »varse mi vocación, hallándome hoy con indiferencia para con  
 »los deseos de mis padres, que no teniendo más que miras mun-  
 »danas, no querían permitirme entrar en la Orden. Los habi-  
 »tantes de Pésaro piden una fundación; y desean que vayamos  
 »nosotros.» Todavía se pedían fundaciones en aquellos desgra-  
 ciados tiempos. El P. Bafici le contesta desde Florencia el 21 de ju-  
 nio. «Bendito sea Dios que por boca de V. P. nos ha dado espe-

»ranza cierta, no sólo de la conservación, sino también de la  
 »propagación del Instituto y del aumento de los Profesos.»

Ya hemos dado cuenta de aquella petición de fundaciones  
 tan numerosas entonces como en los mejores tiempos de la Or-  
 den. Tal era el buen olor de santidad que por doquiera difun-  
 dian sus hijos. No llegaron á conocer los niños la persecución  
 de que eran víctimas sus maestros; las clases se hacían como  
 siempre, tan bien seguidas y atendidas, como si entre ellos rei-  
 nara la paz más profunda. En San Pantaleón daba José el ejem-  
 plo de aquella paz, asistiendo frecuentemente á la clase á sus  
 90 años; en el norte de Europa convertían sus hijos á numero-  
 sos herejes: puede decirse que el Instituto de las Escuelas Pías  
 sucumbía en el apogeo de su crédito, sin que se les pudiera echar  
 en cara la menor falta á su vocación religiosa. El 6 de abril  
 escribían de Podoleno al General, que acaban de convertirse  
 tres herejes: poco después eran ocho; todos los días se recibían  
 cartas por el estilo, contando éxitos semejantes; pero casi todas  
 se terminaban con esta confesión desoladora: *Messis quidem mul-  
 ta, operarii autem pauci.* En el momento mismo de su destrucción  
 edificaban de tal modo al público, que se decía de sus casas:  
 Son relicarios que contienen cuerpos santos. ¡Y es ciertamente  
 incomprensible! La supresión había tenido gran resonancia: ha-  
 bía llegado á conocimiento de todos, y después de la destruc-  
 ción, había más demandas de fundaciones que nunca, acudien-  
 do al que, á pesar del Decreto del Papa, era mirado siempre  
 como Ministro General. Pero ¿qué podía hacer él por *derecho*,  
 cuando *de hecho* no era nada con la falta total de personal? En  
 adelante, cada casa podía hacer las fundaciones que quisiera ó  
 que pudiera: no había lazo común, ni gobierno central; y había  
 que cerrar muchas casas por falta de sujetos. ¡Que amargura  
 para aquel santo anciano que veía cómo, piedra tras piedra,  
 iba demoliéndose su obra! Desde Florencia le escribía el buen  
 Padre Apa el 30 de junio. «Nuestro Instituto se halla en mayo-  
 »res apuros que nunca. Por falta de Hermanos tienen que hacer  
 »la cocina, preparar el refectorio, y barrer la casa los sacerdo-  
 »tes. Estamos en estrecha amistad con los de Pisa; parece que  
 »no formamos más que una casa, ayudándonos como podemos  
 »en nuestras necesidades. Me he visto obligado á mandar á mi  
 »compañero á Pisa, y tengo que ser Ministro, Profesor de cuatro  
 »clases, y dar lecciones de griego después de las clases».

Felices resultados había producido aquella revolución. Des-  
 embarazados de los individuos malos ó dudosos, estaban todos  
 más unidos que nunca á su Padre común; sólo á él acudían para  
 tener auxilios, á él solo se dirigían las quejas; pero iban des-  
 plomándose unas en pos de otras las Escuelas. El 3 de julio le  
 anunciaba el P. Novari la necesidad en que se hallaba de cerrar  
 antes de una semana por falta de Padres el hermoso Colegio de  
 Liechtinsein, de que tantas veces hemos hablado á nuestros  
 lectores, y pocos días después el de Litomisle hasta entonces

tan floreciente. Había enviado en abril al P. Berro con una pequeña colonia de Religiosos para ayudar en aquella tan considerable Provincia de Alemania, en que se hacía tanto bien. El P. Berro le escribía: «Hemos llegado el 17; nos han recibido los Padres con la mayor satisfacción; han tenido extraordinario consuelo con las noticias que les hemos traído de la salud, constancia, y alegría de V. P., y de la esperanza que tiene de la reintegración del Instituto». En efecto, todos los Religiosos veían con especial gusto la conservación maravillosa de su Padre en medio de tantas amarguras, considerando proféticas aquellas seguridades de la resurrección de la Orden: ¡tanta experiencia tenían en su don de conocer lo porvenir. Ninguno quería alejarse de Roma sin pedirle la bendición y sin llevar consigo alguna reliquia suya. Habiendo ido á echarse á sus pies tres Religiosos antes de salir para Luca, les anunció que se encontrarían con grandes peligros, pero que llegarían sanos y salvos; lo que se verificó puntualmente, pues los sorprendieron horrorosas tempestades en el mar, y casi cayeron en poder de los Turcos. Al marchar á Nápoles el P. Patera, se olvidó de tomar algunas reliquias suyas, y le escribió con encantadora sencillez. «Antes de partir quise cambiar el bonete con el de V. P., por afecto mio particular y para conservar un sentimiento siempre vivo de V. P. Si pudiera, y fuera de su gusto enviármelo, lo estimaría como un tesoro. Desearia que fuera el que tiene V. P. en peor estado. Quiera el Señor que mi devoción no quede privada de este consuelo». Pero era demasiado humilde José para repartir así sus reliquias. No había más que una que forzosamente salía de sus manos, la correspondencia. Hacían imposibles para obtener sus autógrafos, los guardaban como tesoros, y se los arrancaban, cuando podían. Desgraciadamente su

*Caro' ora se sta' di sanita' per andar a Messina  
 Al p. Berro della Regia di Napoli per il Carro  
 di Luca mi i' peguato  
 Giuseppe della Madre Dio*

avanzada edad no le permitía dar gusto á todo el mundo. El 6 de abril le contestó un Padre de Chieti: «La última carta de V. P. nos ha llenado á todos de consuelo. A mí me ha dado gran resignación y gran deseo de orar por los que se han hecho enemigos de una Orden tan útil á la salud del prójimo, viendo la maravillosa tranquilidad de alma de V. P.» Y el 9 del siguiente agosto, de Nicolsbourg. «Encarecidamente pido á V. P. dos palabras en contestación, porque en medio de nuestras inquietudes, mi mayor consuelo es acordarme de las palabras de V. P.»

Las cartas del Santo no tenían sólo por objeto consolar á sus hijos en la desgracia, sino atender á su perfección y corrección, cuando lo creía necesario. Nunca actos de gobierno, porque ya no era General, sino siempre los consejos de un Padre que no había llegado á prohibirlos en el Breve el Soberano Pontífice. El Hermano Canelli, Coadjutor, observaba una conducta irregular. Y José escribía el 14 de julio al P. Berro: «Desearia que V. R. invitase de mi parte á ese Hermano á dar mejor ejemplo que hasta la fecha. Si no se enmienda, lo llamará el Señor para dar cuenta de su conducta». No se enmendó el Hermano, y poco después murió de la peste, teniendo, sin embargo, tiempo para arrepentirse.

En lo más fuerte de sus pruebas había gozado José de admirable salud: era no pequeño consuelo para sus hijos que temían siempre perderle. Pero á mediados de junio le acometieron muy agudos dolores al hígado, causados por los calores del verano, con algo de fiebre. Sin duda que hizo más que los calores más intensos la violencia que tuvo que hacerse para soportar tantos disgustos. A los 90 años la menor indisposición es mortal: pero con su fuerte temperamento pudo vencerla, y el 7 de julio estaba ya sano, como le escriben desde Génova: «En medio de tantas aflicciones, me siento consolado al tener noticia de la mejoría que ha seguido á la indisposición de V. P.; es gracia de la misericordia de Dios que en medio de tantas dificultades, no ha querido privar á este pequeño rebaño de su verdadero pastor y fundador.» Pero le atacaron con más fuerza á fines de julio aquellos dolores al hígado: «Contesto á V. P., escribían al P. Bianchi, por nuestro P. General que no puede hacerlo, porque los calores le han producido violentísimos dolores al hígado. El 25 de agosto ya podía escribir por sí mismo. «Todavía me resiento del dolor de hígado: hace ya más de un mes que no digo misa, porque no puedo tenerme de pie; pero estoy algo más aliviado.»

El 27 de agosto llegó á Norcia el P. Juan Benedetti casi moribundo por la terrible enfermedad que llaman *Miserere*. Cuando entró el médico, arrojaba el moribundo sus propios excrementos por la boca: ya no tenía pulso, y se disponían á administrarle los Santos Sacramentos. Habiéndolos recibido, quedó acompañándolo el P. Vignari para leerle la recomendación del